

VIII.

MANSOURAH.

En tanto los Franceses ignoraban la muerte de Negmedin, porque se habian tomado toda clase de precauciones para ocultarla, no solo á ellos, sino tambien á los Egipcios. Aunque aquel magnífico sultan no era ya mas que un cadáver, aunque la autoridad y el poder se habian reunido momentáneamente en manos de una mujer, los mamelucos *baharitas*, que él habia creado, y que tomaban su nombre de *baharitas* ó *marítimos*, porque ordinariamente guardaban el castillo de Raoudah, situado en medio del Nilo, continuaron custodiando la puerta de su palacio; se servian las comidas como si viviese; dábanse las órdenes en su nombre; en los púlpitos de todas las mezquitas se recitaban oraciones por su restablecimiento, y esto al tiempo que se habian enviado mensajeros á Husu-Keifa, orillas del Tigris, donde Touran-Chah, su hijo, se hallaba desterrado. Entretanto el emir Fakreddin habia tomado el mando de todo el Egipto: era este un gran general y un bravo soldado, á pesar de que con su precipitada retirada, que por lo demás acaso no era mas que una astucia, hubiese entregado á Damietta. Habia sido hecho caballero por Federico II, y en su escudo

llevaba reunidas las armas de los emperadores de Alemania y de los sultanes del Cairo y de Damasco.

Pero á la larga, por cuidado con que se ocultase aquella muerte, los cruzados la habian sabido al fin; sin embargo, del mismo modo que los Turcos, esperaban á alguien para obrar. Era este el conde de Poitiers, quien habiéndose quedado en Francia, debia llevar en socorro del ejército, acampado ante Damietta, hombres y dinero. Pero por el tiempo en que debian llegar, se puso la mar tan encrespada y los vientos tan contrarios, que mas de ciento treinta navios fueron arrojados á la costa, donde se fueron á pique. El conde de Poitiers, que habia salido de Aigues-Mortes á fines de junio, en el momento en que la noticia de la toma de Damietta llegó á Occidente, fué arrojado por el viento á San Juan de Acre, de modo que el rey y todos los caballeros, no viéndole aparecer é ignorando lo que habia sido de él, se desesperaban, creyéndole muerto ó al menos en gran peligro. Cada uno era de distinta opinion con respecto á él, cuando el señor de Joinville recordó que durante su viaje de Marsella á Chipre, le habia sucedido una cosa maravillosa. A la altura de Túnez, y á la hora de Visperas, sobre poco mas ó menos, habian encontrado en su camino una gran montaña redonda; al anochecer la doblaron, y creian haberla dejado á gran distancia atrás durante la noche, cuando al despertarse pour la mañana, se encontraron en el mismo sitio que la vispera, teniendo siempre la montaña á la proa de su navío, á pesar de que el piloto juraba que habia ganado cincuenta leguas durante la noche. Añadieron entonces los remos á las velas, bogaron todo el dia y toda la noche, pero su trabajo fué inútil; al despertar al otro dia volvieron á ver todavía delante de sí la montaña fatal. Comprendieron ya que bajo aquella aparicion habia alguna magia que no lograrían vencer mientras no emplearan otros medios que los humanos. Un santo varon que pertenecia á la iglesia llamado el dean de Mauru, levantó en consecuencia la voz y dijo: « Amados señores y caballeros, no he visto en mi vida persecucion ni peligro que

no desapareciera con la ayuda de Dios y de su santa Madre, cuando un sábado se sale tres veces en procesion cantando las alabanzas del Señor. » Aquel dia era precisamente un sábado; de modo que toda la tripulacion, sin esperar á mas, empezó á marchar al rededor de los mástiles cantando salmos; y el mismo Joinville se hizo llevar sostenido de los brazos, porque padecia mucho del mareo. El conjuro fué eficaz, y al dia siguiente habian perdido de vista la montaña de iman. Joinville propuso, pues, el mismo medio al legado; este le aceptó al punto, y mandó anunciar tres procesiones en el ejército. Debian tener lugar de sábado en sábado, yendo desde la casa del legado á la parroquia de Nuestra Señora, de la ciudad de Damietta. Lleváronse á efecto con gran fe y no menos esperanza, y en cada una de aquellas procesiones, á que asistia el rey con todos los señores de su corte, el legado pronunciaba un sermón y absolvía los pecados. Por fin, habiendo llegado el tercer sábado, y hallándose el rey en la iglesia, fueron á anunciarle que se veian en la mar muchos bajeles: eran del conde de Poitiers y el contingente de la Francia.

La llegada del hermano del rey, salvado de un modo tan milagroso, causó un gran regocijo en todo el ejército. Todos acudieron presurosos al desembarco, y vieron con júbilo que además de un poderoso refuerzo de hombres, llevaba el conde de Poitiers un gran socorro de dinero. Once carros, arrastrado cada uno por cuatro robustos caballos, y cargados con ochenta toneles grandes unidos con anillos de hierro, que contenian talentos, esterlinas y monedas de Colonia, se encaminaron á Damietta. Era aquel el producto de los bienes de la Iglesia, que habian sido vendidos para ayudar al éxito de la cruzada.

Aquel mismo dia reunió Luis IX á sus mas elevados barones, escogió de estos los que reconocia como mas hábiles guerreros, y les pidió su parecer acerca del camino que se debía tomar, y si se debía marchar sobre Alejandria ó sobre el Cairo. El conde Pedro de Bretaña y los mas experimentados opinaron porque el rey fuese á Alejandria,

que tenia un buen puerto por medio del cual se podria abastecer el ejército; pero este parecer fué rechazado enérgicamente por el conde de Artois, quien declaró que por su parte no iria á Alejandria, sino por el Cairo; que el Cairo era la capital del reino de Egipto, y que para matar á la serpiente era preciso empezar por aplastarle la cabeza. El mismo rey se declaró á favor de esta proposicion, y el 6 de diciembre se pusieron en marcha los cruzados, dejando á la reina Margarita, las condesas de Artois, de Anjou y de Poitiers en Damietta, bajo la custodia de Olivier de Thermes.

A pesar de todas sus contingencias, el ejército presentaba todavía magnífica apariencia; veinte mil caballeros, la flor de la caballeria, cuarenta mil infantes, los mejores soldados de á pié que habia, subian por la ribera derecha del Nilo. A la vez el rio desaparecia completamente en una extension de una legua bajo las barcas, galeras, y las grandes y pequeñas naves cargadas de armas, de arneses, instrumentos bélicos y hombres. Al dia siguiente hicieron alto en Pharscour, y aqui se presentaron el primer obstáculo y la primera empresa.

Habian llegado á uno de los numerosos brazos del Nilo que salen del rio y van al mar desde la embocadura Pelusiaca hasta la Canópica; y aunque poco ancho, era el rio demasiado profundo para vadearse. En aquella época en que el arte estratégico no habia descubierto todavía el secreto de esos puentes volantes que trasportan hoy nuestros ejércitos de una ribera á la otra, no habia en semejante caso otro recurso que hacer sangrias al rio, hasta que sus aguas bajando gradualmente, dejasen un vado al descubierto. Pusieron manos á la obra, y cuando iba ya adelantando, vieron llegar hácia ellos haciendo señales de paz, quinientos caballeros sarracenos perfectamente montados y cubiertos con magníficas armaduras. Luis envió gente en su reconocimiento, y mandó les preguntasen qué querian. Respondieron que habiendo muerto el sultan y no queriendo servir á su sucesor, iban á ofrecer sus servicios al rey de

Francia. Por mas que aquel motivo pareciese poco plausible, como á causa de su escaso número se encontraban á discrecion de los cruzados, mandó el rey que so pena de rebelion, y por consecuencia de muerte, no se hiciese ningun insulto á aquellos nuevos aliados. Pusiéronse, pues, á su vista en órden para pasar el rio.

Marchaban los templarios á la cabeza, á las órdenes de Regnault de Bichers, cuando vieron á los quinientos sarracenos, que se habian formado en columna cerrada, moverse de repente y dirigirse á ellos á todo el galope de sus corceles; detuviéronse entonces para ver en lo que iba á parar aquello, contentándose no obstante con ponerse á la defensiva, porque de ningun modo podian creer que tan escasa gente atacase á todo un ejército. Su duda no duró mucho: uno de los Turcos que sobrepujaba á los demás en altura como cuatro ó cinco piés, hirió con su maza de armas á un templario que se encontraba en el flanco de la línea de batalla, y le envió rodando bajo los piés del caballo de Regnault de Bichers. Entonces este, tirando de su espada se levantó sobre los estribos gritando: « Sus, adelante, compañeros; á ellos en nombre del Señor, porque no podemos tolerar cosas tales. » Dichas estas palabras, hunde los acicates en su troton, y todos aquellos terribles frailes que Dios habia armado caballeros, se volvieron contra los sarracenos, lanzándolos hácia el rio, é hiriéndolos con sus espadas, hasta que una parte de ellos quedó tendida en la ribera y la otra desapareció en el Nilo; tanto que ni uno de aquel escogido peloton se escapó, pereciendo todos al filo de la espada ó ahogados. En seguida los templarios que habian verificado solos aquella sangrienta ejecucion, volvieron á colocarse á vanguardia y pasaron el rio sin otro accidente. El ejército les siguió. Al dia siguiente por la noche llegaron á la aldea de Scharmesah.

El ruido de su marcha subia en tanto por el rio precediéndole; y á medida que se aproximaban á Mansourah, la última muralla del Cairo, el espanto se difundia por todo el Egipto, que con la reciente muerte del sultan quedaba en

gran turbacion y desórden. Nada se oia hablar aun del jóven príncipe Touran-Chah; ninguno de los mensajeros que se le habian enviado habia vuelto, y la responsabilidad de los negocios públicos pesaba toda entera sobre una mujer. Verdad es que el historiador árabe Makrisi dice que aquella mujer sobrepujaba á todas las mujeres en belleza y á todos los hombres en genio.

El terror se aumentó aun mas con una carta que el emir Fakreddin envió al Cairo para llamar á las armas á todos los buenos musulmanes. A la hora de la plegaria, el mufti subió á la cátedra, y habiendo anunciado que habia una cosa interesante que comunicar al pueblo, desarrolla la carta de Fakreddin, y la leyó. Estaba concebida en estos términos:

« En el nombre de Dios y de Mahoma su profeta.

» Acudid presurosos, grandes y pequeños: la causa de Dios necesita de vuestras armas y de vuestras riquezas. Los Francos, ¡ maldígalos el cielo! han arribado á nuestro país con sus estandartes desplegados y desnudas sus espadas; quieren apoderarse de nuestras ciudades y asolar nuestras provincias. ¿ Qué musulman puede negarse á marchar contra ellos y vengar la gloria del islamismo? »

El contenido de aquella carta leida en la gran mezquita se difundió al punto por todo el Cairo. Los cobardes pensaron huir, los valientes en salir al encuentro del peligro. Por espacio de tres dias estuvo la ciudad consternada y abatida, como si aquellos Francos tan temidos estuviesen ya á las puertas. Entretanto continuaban avanzando los cruzados, sin conocimiento alguno de las localidades, pero subiendo por el Nilo, y sabiendo que en la ribera encontrarían á Mansourah, y despues de Mansourah el Cairo.

De repente, á pocas leguas mas allá de Bermoun, se detuvo la vanguardia dando grandes gritos: habia visto la ciudad de la Victoria, y al otro lado del canal de Achmoun, en ambas riberas, los dos campos de sus enemigos, apoyados por una flota que obstruia el Nilo, mientras los Turcos obstruian la tierra. No se trataba ahora de variar de cauce

á un torrente y vencer á quinientos sarracenos; habia que abrirse paso por entre una verdadera flota, y combatir contra todo un ejército. Habia llegado al fin al lugar señalado por el destino, y donde debia decidirse la suerte de la guerra. Avanzó la flota de los cruzados hasta la altura de Mansourah, los caballeros cristianos llegaron hasta las orillas del canal sin ataque y sin resistencia. Llegados aqui, ancló la flota y el ejército estableció su campo. Nasir-Daoud, príncipe de Karak, colocado en la ribera occidental del Nilo, les observaba. Era esto el 19 de diciembre del año 1249, el décimotercio día de la luna de Ramadan.

Trazaron los cruzados inmediatamente su cerco en el mismo sitio en que el ejército del rey Juan de Brienne habia acampado treinta años antes, y el rey dió sus órdenes para el paso del canal.

Este canal que se separaba como una trenza de la melnuda cabeza del Nilo, tenia delante de Mansourah una anchura igual á la del Sena. Su cauce era profundo, sus orillas escarpadas; ningun puente existia, ningun vado era conocido, y algunos hombres dispersos en la otra orilla hubiesen bastado para destruir un ejército que hubiese intentado atravesarle á nado. Decidió, pues, Luis que se construyese una calzada, y que dos torres movibles y de muchos pisos defenderian á los trabajadores. Dedicáronse, pues, á hacer aquellas torres de madera, que estuvieron construidas en algunos dias; en seguida se ocuparon del malecon.

Aproximaron entonces los sarracenos diez y seis máquinas de guerra que colocaron en la orilla meridional del rio á fin de lanzar piedras y dardos á la otra orilla. Al punto el rey mandó construir diez y ocho máquinas que opuso á las de su contrario. Entre estas diez y ocho habia una muy mortífera, y cuyo inventor fué un caballero llamado Jouselin de Courrent. Y mientras se levantaban aquellos castillos y aquellas máquinas, los hermanos del rey y los caballeros velaban sin cesar noche y dia.

En tanto que las galerías se terminaban, á pesar de la lluvia de piedras y flechas que caian sobre los trabajadores,

el malecon comenzó á prolongar su cabeza en el rio. Pero al mismo tiempo, y en frente, los sarracenos se pusieron á excavar la tierra, de modo que el rio retrocedia por un esfuerzo semejante al que se hacia para cortarle. Durante tres dias avanzó la calzada con impropia tarea, amasada con sudor y teñida de sangre, y al fin del tercer dia, se encontraron con el mismo espacio que atravesar que al principio de los trabajos.

Entretanto, Fakreddin hizo bajase por la ribera izquierda del Nilo una fuerza numerosa de sarracenos, que pasó el rio por Scharmesah, y que andando de noche el mismo camino que los cristianos habian andado, avanzó para atacarlos: el emir les habia animado jurando por el nombre del Profeta que el dia de San Sebastian dormiria en la tienda del rey de Francia.

Se disponia el ejército á comer, custodiando con gran cuidado la parte del canal y del rio, cuando á retaguardia del campamento y hácia el lado de Damietta se oyeron grandes voces de alarma. Joinville, que como hemos visto se hallaba siempre de los primeros en el combate, se levantó de la mesa con su compañero Pedro de Avallon y todas sus gentes, y haciendo ensillar sus caballos apresuradamente, se lanzaron hácia la parte del campo que se veia atacada. Al mismo tiempo que él y su gente, iba al socorro de los que habian sido atacados toda la milicia de los templarios, mandada por su infatigable mariscal Regnault de Bichers. Estos dos escogidos pelotones cayeron sobre los sarracenos, en el momento en que se llevaban ya al señor de Perron y al de Duval, su hermano, á quien habian cogido en el campo. Cuando se vieron perseguidos, quisieron matar á sus prisioneros, pero sus buenas armaduras les protegieron, y Joinville les encontró tendidos en el suelo, magullados y heridos, pero ambos todavía vivos. Inmediatamente llegaron nuevos refuerzos á los cruzados; los sarracenos se vieron obligados á dejar el campo de batalla, y los dos buenos caballeros fueron llevados en triunfo al campo.

Mandó Luis entonces ejecutar nuevos trabajos, y recomendó mayor vigilancia. Caváronse fosos en toda la línea que se extendía hácia Damietta; de suerte que el campo que tenía la forma de un triángulo, se encontraba protegido por uno de sus lados por el Nilo, del otro por el canal del Achmoun, y por el tercero por los nuevos fosos, á que se añadió además una empalizada. El rey y el conde de Anjou se encargaron de guardar la parte que miraba al Cairo; el conde de Poitiers y el senescal de Champagne levantaron sus tiendas de modo que vigilasen el lado de Damietta, y el conde de Artois, con gente escogida, se estableció al rededor de las máquinas de guerra. De modo que jamás se vió campamento alguno mejor defendido que el de Achmoun, porque estaba custodiado por un rey y tres hermanos de rey.

Pero los Turcos viendo que no había medio de coger á los cruzados por sorpresa, colocaron un día frente al malecon una máquina de guerra mas resistente y terrible que ninguna de las que se encontraban allí; al mismo tiempo otras máquinas arrojaban flechas y piedras, no solo por encima del canal del Achmoun, sino tambien de la orilla izquierda á la derecha del Nilo. Estos preparativos que anunciaban intenciones hostiles para el día siguiente, hicieron que los señores Gauthier de Curel y el senescal de Champagne fuesen llamados á estar en observacion con el conde de Artois, de quien el rey desconfiaba siempre á causa de su juventud y fogosidad. Los caballeros se acomodaron pues entre las máquinas de guerra.

A eso de las diez de la noche, cuando los dos buenos caballeros velaban á diez pasos de distancia uno de otro, vieron una luz al otro lado del rio, y se aproximaron pensando que se tramaba alguna cosa; en el mismo instante un globo de fuego del grandor como de un tonel, dejando tras sí una cola parecida á la de un cometa, y semejante á un dragon que volase por el aire, partió de la máquina infernal, despidiendo tan gran resplandor, que se veia el campamento, y Mansourah, y el campo de los Turcos, como si fuera al

medio día. Fué á caer entre las dos galeras, en una sangría que los cruzados habían hecho al rio para disminuir sus aguas, y allí, aunque en el agua, continuó ardiendo, porque aquel fuego era el fuego griego, inventado por Callinico, y no se podía apagar mas que con arena y vinagre. Todo el campo se despertó de repente con aquel estrépito y aquella llama, semejante al resplandor y estruendo de la pólvora. Salió el rey de su tienda, todos se levantaron, y permanecieron en pié é inmóviles; y el buen sire Gauthier de Curel, viendo aquel fuego, se volvió hácia Joinville y sus caballeros exclamando: « ¡Señores, somos perdidos sin remedio alguno; porque si permanecemos aquí, somos abrasados, y si abandonamos nuestro puesto mancillaremos nuestra honra! Asi pues, como solo Dios puede defendernos en tal peligro, os aconsejo, compañeros y amigos, que siempre que nos envíen ese fuego, nos pongamos todos de rodillas y el rostro pegado á tierra, pidiendo gracia á Nuestro Señor en quien reside todo poder. » El senescal y los caballeros prometieron hacer lo que el buen señor les decía. En aquel momento llegó un chambelán del rey á preguntarles si la llama había causado algun estrago. Pero precisamente acababa de apagarse, cediendo á los esfuerzos de un hombre que tenía algun conocimiento de aquella infernal materia, y que se había atrevido á aproximarse solo al sitio en que había caído. El chambelán volvió, pues, un poco tranquilo á donde estaba el rey. Mas apenas llegó á la tienda, todo el cielo se iluminó de nuevo con un resplandor tan terrible, que el mismo Luis cayó de rodillas exclamando con una voz conmovida por el llanto: « Buen Señor Jesucristo, libranos á mí y á todo mi ejército!... »

Aquel segundo rayo atravesó el canal como el primero; pero inclinándose mas á la derecha, se dirigió hácia la torre que guardaban las gentes de los señores de Courcenay, que viéndola ir hácia ellos, abandonaron el sitio donde debía caer, y emprendieron la fuga en todas direcciones. El ardiente dragon cayó sobre la orilla del rio, á pocos piés de la máquina de madera, de modo que un caballero, que lo

veía comunicarse y propagar á la máquina, no esperando poderle apagar solo, fué corriendo y desolado á donde estaban los señores de Joinville y Gauthier, gritando : « Ayudadnos, ayudadnos en nombre del Señor Dios, ó todos somos quemados, nosotros y las torres. ¡Auxilio, señores! auxilio!... » Los dos caballeros acudieron al punto, el ánimo volvió á sus gentes, gracias á este ejemplo; todos se dirigieron allí donde el fuego se hallaba; mas apenas comenzaron á apagarle, una lluvia de piedras, flechas y dardos cayó sobre ellos como un granizo. Pero estas eran armas humanas que podían rechazar medios humanos. Inquietáronse muy poco por ellas los cruzados, á pesar de que á los pocos momentos sus escudos y petos estaban acribillados.

Pasóse así la noche en medio de terrores sobrenaturales; hasta la venida del día el cielo arrojó llamas y los caballeros estuvieron en vela, comenzando á creer que Mahoma, el falso profeta, enviaba á la defensa del Egipto, no ya hombres sino demonios. Los rumores mas extravagantes obtenían crédito en aquella tierra desconocida y en aquella época de tinieblas. El mismo Nilo, que corría á la vista de todos, bienhechor y fecundo, era el objeto de las fábulas mas inauditas. Joinville, con su crédula y religiosa ingenuidad, nos ha conservado las extrañas opiniones que los cruzados habían tenido ó recibido con aquel motivo. Decían algunos, que el Nilo tenía su origen en el paraíso terrestre; y lo que daba fuerza á esta creencia es, que frecuentemente los pescadores sacaban en sus redes canela, genjibre y aloe, que arrastraba con sus aguas. Y como esos árboles preciosos germinan en el Eden, era evidente para los cristianos que el viento derribaba pedazos de aquellos arbustos, como en nuestro país rompe las ramas muertas y secas; estos fragmentos caían en el río, y el río los llevaba hasta el Cairo, Mansourah y Damietta, donde los mercaderes los recogían y los vendían á peso de oro.

Decíase también que el soldan que acababa de morir había querido saber un día de dónde salía aquel río, de nacimiento ignorado. En su consecuencia, mandó á gentes ex-

perlas á explorar su curso; al punto una flotilla se había puesto en camino, llevando viveres y galleta, por temor de ser detenida por el hambre. Los viajeros habían quedado tres meses en camino; al fin pasado este tiempo, habían vuelto diciendo que habían subido por el río hasta un sitio donde rocas cortadas á pico impedían el paso, y que desde lo alto de aquella eminencia habían visto al Nilo precipitarse como una inmensa cascada. Por lo demás, les había parecido que la cima de aquellas rocas estaba cubierta de árboles magníficos, y entre aquellos árboles habían creído distinguir un gran número de fieras, tales como leones, elefantes, dragones, tigres y serpientes, que salían á miralles á la orilla del precipicio. En seguida los viajeros se habían vuelto, no atreviéndose á seguir mas adelante, y fueron á dar cuenta al sultan de lo que habían visto durante su viaje.

Concíbase ahora que los sucesos mas insignificantes pareciesen sobrenaturales, y á qué impresiones tan terribles debían dar origen en un ejército perdido en un país donde nadie ponía en duda semejantes narraciones. No causará, pues, admiración que el fuego griego, aquel secreto de los emperadores de Constantinopla, descubierto por los Turcos, pero todavía desconocido á los cristianos, hubiese causado tan gran terror en todo el ejército. Felizmente para los cristianos aquel primer ataque se pasó sin que la gravedad de los efectos correspondiese al terror que la causa inspiraba; los que habían velado por la noche se entregaron al reposo; solo el rey y sus hermanos no se quisieron dejar relevar por nadie, y continuaron vigilando en su puesto.

Ya de día, mandó el conde de Anjou se reparasen las máquinas, y como las flechas de los sarracenos inquietaban á los trabajadores, hizo aproximar sus dos torres, y respondió con las ballestas de sus máquinas; y como los cristianos tenían excelentes arqueros y diestros tiradores, se apercibieron los Turcos de la desventaja que tenían ellos. Arrastraron entonces una especie de catapulta que llamaban la *Pedreira*, frente á las galerías de los cruzados, y apareando

todos sus ingenios para darles mas fuerza, añadieron a aquellos globos de fuego que lanzaba la máquina principal, una multitud de dardos inflamados, á los que nadie se atrevia á exponerse.

Entonces el fuego griego, auxiliado por la luz del día, fué dirigido con mas seguridad y mas fatalmente; en un instante las dos torres y todos los parapetos que las rodeaban empezaron á arder. Al verlo, quiso el conde de Anjou lanzarse solo para apagar el incendio; detuviéronle por fuerza, tanto que casi parecia enajenado. Todo el día estuvo cayendo aquella lluvia de Gomorra, devorándolo todo, y por la tarde no habia ya ni equipajes ni máquinas. La noche fué tranquila; nada quedaba ya que quemar.

Toda la madera se habia consumido; ya no habia nada ni en el campamento ni en las inmediaciones. El rey reunió sus caballeros y les expuso su afliccion. Decidióse que se desharian cierta cantidad de navios, y que de sus pedazos se construiria una nueva torre. Se perdieron algunos bajeles, pero quince días despues una galería mas fuerte y alta que las precedentes, estaba completamente terminada. El rey, por un sentimiento caballeresco que tenia por objeto volver á su hermano la honra que este creia haber perdido dejando quemar sus torres, mandó que no se condujese esta al malecon hasta que llegase el día en que le tocaba aquel puesto al duque de Anjou. Hizose como el rey habia decidido, y en el día señalado se arrastró la nueva torre hácia la orilla del canal, y se mandó á los trabajadores pusiesen manos á la obra.

Entonces los sarracenos volvieron á comenzar la misma manobra de que ya habian sido víctimas los cruzados; condujeron sobre el punto amenazado la infernal Pedrera, la añadieron otras diez y seis máquinas que aparearon como la primera vez para redoblar sus fuerzas, é hicieron llover sobre los trabajadores una granizada de piedras y dardos. Mantuviéronse estos un momento, pero aplastados bien pronto bajo aquella lluvia mortífera, se retiraron fuera de su alcance. Inmediatamente, viendo la torre abandonada,

asestaron la Pedrera directamente contra ella; cinco minutos despues, un globo de llamas envuelto en humo atravesó el canal silbando y produciendo un ruido infernal, y vino á caer al pié de la torre. Lanzóse entonces el conde de Anjou solo en medio de aquella especie de vacío decidido á apagar aquella llama infernal ó á ser devorado por ella. En el mismo instante la lluvia de piedras y flechas redobló, y fué un milagro que ninguna le alcanzase. Véanse entretanto los preparativos que hacian los sarracenos para lanzar por segunda vez el fuego griego; no habia que perder un momento para salvar al conde de Anjou. Cuatro caballeros se decidieron al sacrificio; marcharon hácia él como á socorrerle, y cogiéndole por los brazos y el cuerpo, le arrastraron con fuerza fuera del alcance de los dardos y las llamas.

Apenas se habian alejado, un segundo globo atravesó el espacio, y fué á clavarse en el flanco de la galería. A cualquiera otra clase de fuego acaso hubiese resistido la torre, porque estaba completamente forrada de cuero y construida con maderas mojadas; pero todas aquellas precauciones eran inútiles contra el fuego griego: el abrasador dragon se agarró con sus garras de hierro al corazón de la torre, envolviendo con sus alas gigantes cas el inerte é inmóvil coloso sobre que habia caído; todo se confundió al punto en una inmensa hoguera, y al cabo de una hora no quedaba ya de la máquina que habia costado tantas fatigas y dinero, mas que un monton de cenizas.

El rey estaba desolado; no veia término á aquella lucha; era preciso atravesar el canal ó renunciar á la cruzada. Establecer un malecon era imposible; el torrente era demasiado, rápido y profundo para atravesarle á nado; la retirada hácia Damietta era vergonzosa é impolitica, y sin embargo, las cosas no podian permanecer en el estado en que se hallaban. El hambre comenzaba á afligir al ejército; algunos hombres habian muerto de una enfermedad que, sin tener carácter contagioso, ofrecia, sin embargo, sintomas análogos, y por consecuencia alarmantes. Reunió Luis á sus barones en consejo extraordinario.

Verificábase la reunion en la tienda del rey, y no se esperaba ya para comenzar la discusion mas que al señor Humbert de Beaujeu, condestable de Francia, que rondaba en el circuito exterior del campamento, cuando entró llevando una noticia que volvió á todos el valor. Mientras patrullaba, un beduino se le había presentado y le había ofrecido enseñarle un vado accesible á los caballos, mediante la cantidad de quinientos pesantes de oro. El rey aceptó á condicion de que la suma no se pagaría hasta que los cruzados hubiesen tocado en la otra orilla. Cerrado así el trato, decidióse el paso para la noche del martes 8 de febrero.

El lunes por la noche, el rey entregó la custodia del campo al duque de Borgoña, que mandó al punto circularsen y atrullas por temor de una sorpresa; en seguida el rey y sus tres hermanos se pusieron en marcha mandando diferentes divisiones. En la vanguardia iba el hermano Gilles con los templarios, de que era gran comendador. Tras ellos iba el conde de Artois, seguido de los prohombres y guardias de su casa; por último, el rey y sus dos hermanos, el conde de Anjou y el conde de Poitiers, mandando el resto de la gente: entre todos mil cuatrocientos caballeros próximamente, con trescientos ballesteros, que debian pasar á la grupa con la vanguardia.

La division, enviada para la expedicion, se puso en camino á la una de la madrugada en medio de la oscuridad, en silencio y siguiendo las orillas del canal con el orden que hemos dicho. En el camino algunos caballeros se separaron imprudentemente; y como las orillas, que estaban en pendiente, eran de cieno y arcilla, cayeron con sus caballos en el canal y desaparecieron al instante mismo. Tal era la profundidad del agua y la rapidez de la corriente. Entre estos se encontró un capitan muy bravo llamado Ghean de Orleans, el cual llevaba la bandera del ejército; supo el rey aquellos accidentes, movió la cabeza como teniéndolos como de mal agüero, y ordenó que los caballeros se separasen de la ribera.

A las dos de la madrugada habian llegado los cruzados al

vado. A la luz de la aurora naciente, vieron en la otra orilla trescientos caballeros sarracenos próximamente, que sin duda habian sido colocados allí para guardar el paso. Entonces el beduino entró el primero con su caballo en el canal, fué hasta la otra orilla y volvió á donde estaba el rey, quien le entregó al punto los quinientos pesantes de oro y le volvió á enviar al campamento. Entonces á pesar de la orden que habia dado de que nadie abandonase su puesto, el conde de Artois pasó del segundo cuerpo á la vanguardia y lanzó el primero su caballo al agua. No habia tenido tiempo el rey de gritarle que cuidase su vida, cuando ya estaba á la otra orilla esperándole. Hizo seña el príncipe con la mano para tranquilizar á su hermano, y el primero anticipándose á los templarios, lastimados con aquel ataque á sus derechos, se puso á atravesar el canal. Al mismo tiempo, las gentes del conde, viendo á su señor á la cabeza de la columna, se arrojaron al agua para unirse á él, rompiendo la línea de los cruzados, y llegando en confuso tropel con ellos á la otra orilla, que felizmente tenia una suave pendiente y por consecuencia un fácil acceso.

Apenas el conde de Artois habia tocado en la otra ribera cuando, á pesar de la orden del rey, que habia mandado se esperase á que todo el mundo hubiese pasado para empeñar el combate, no pudo resistir al deseo de atacar el campamento y partió al galope con sus hombres de armas subiendo por la ribera. Entonces los templarios, viéndole partir así, no quisieron quedarse atrás, y se lanzaron á competencia con los otros caballeros. Llegaron así, llevados con una rapidez tal (á pesar de que casi todos los caballeros, además de sus jinetes, llevaban á la grupa un balletero) que sorprendieron las avanzadas, y entraron en el campo llevando en la punta de sus lanzas la noticia de su paso. Encontraron á los sarracenos tendidos y entregados al sueño. Echáronse abajo los ballesteros y se esparcieron por el campo y comenzó la carnicería. Exasperados por un mes de lucha impotente, los cruzados, que habian al fin conseguido unirse á sus enemigos, á nadie perdonaban: niños, ancianos, guer-

beros, doncellas, todos cayeron heridos con el mismo ardor, sin gracia ni piedad, los unos en sus camas, los otros por entre los barrancos, otros en fin á medio armar y vestir; el emir Fakreddin estaba en el baño y se hacia perfumar la barba, cuando oyó los gritos de muerte que lanzaban á la vez los que acometian y las victimas. Acude presuroso á la puerta de su tienda completamente desnudo y sin otra defensa que una maza de armas; un caballo sin silla y sin brida pasaba despavorido; le coge por la crin, se lanza sobre sus lomos, y corre hácia el punto donde se oia mayor alboroto, gritando *Islam, Islam*, con una voz que fué oida en todo el campamento. Encontró á los Franceses en el momento en que acababan de apoderarse de las máquinas de guerra, entre las que yacia quieta y sombría aquella Pedrera que habia arrojado tantas llamas al campo. No creia el emir tan cerca de sí á los cruzados, de modo que se encontró en medio de ellos y no reconoció el peligro sino cuando ya no era tiempo de huir. Al punto su cuerpo fué el blanco de todos los golpes, y cayó acuchillado con mas de veinte heridas. Entonces un caballero llamado Fancault de Nesle, viendo huir por todas partes á los sarracenos coge el caballo del conde de Artois por el freno, gritando: *¡Sus, á ellos! ¡Sus, á ellos!* El conde de Artois tenia mas bien necesidad de ser contenido que excitado: picó con sus espuelas al caballo para perseguir á los infieles; pero el gran comendador del Temple, el hermano Gilles, se atravesó en su camino recordándole la orden del rey, que queria se le esperase. Continuaba entretanto el caballero sujetando la cabalgadura del conde de Artois por la brida gritando siempre y con todas sus fuerzas: *¡Sus, á ellos! ¡Sus, á ellos!* porque siendo sordo no habia oido la orden del rey y no sabia lo que el comendador del Temple decia al conde. Este, lastimado con el atrevimiento del hermano Gilles, dió un golpe al caballo de comendador con el pomo de su espada para hacerle separar del camino, diciéndole: « Que si tenia miedo se quedase donde estaba, pero que le dejase ir á él que no tenia miedo. — No tenemos mas miedo que vos, monseñor, res-

pondió el hermano Gilles, y donde vos vayais con la ayuda de Dios iremos nosotros. » Y al mismo tiempo puso su caballo al par de el del conde de Artois y salió al galope, no permitiendo, á pesar de ser el hermano del rey, que se adelantase la distancia de media lanza. En aquel momento oyeron gritar tras de sí: *¡detenios!* Eran diez caballeros que iban de parte del rey á mandar al conde de Artois esperase los demás cuerpos; pero el conde, señalándoles los infieles en derrota: « ¿No veis que huyen, dijo, y que seria una indisculpable cobardia no perseguirlos? » Dichas estas palabras vuelve á emprender su carrera dando rodeos para herir á derecha ó izquierda, por todas partes donde veia tropas sarracenas, sin seguir ningun camino y acompañado siempre del hermano Gilles. Al fin, siempre persiguiendo y siempre hiriendo llegaron hasta Mansourah, y como las puertas estaban abiertas á fin de que los Turcos pudiesen refugiarse en ella, se entraron en la ciudad dejando el camino que acababan de seguir cubierto de cadáveres y empapado en sangre. Cerraron las puertas detrás de ellos, y al fin se oyó un gran número de tambores y trompetas; llamaban á los sarracenos á las armas con todos los ecos de la guerra, no pudiendo creer que los Franceses fuesen bastante insensatos para haberse entrado en número insignificante en medio de una ciudad fortificada y que servia de guarnición á sus mas bravos soldados, los mamelucos baharitas.

Mientras esto pasaba, el rey habia atravesado el canal tras el conde de Artois y el maestre del Temple con la segunda division del ejército; pero la tercera estaba todavia en la otra orilla, y entretanto los sarracenos se rehacian y armaban apresuradamente. Vió Joinville á su izquierda un considerable cuerpo que iba á cargar sobre el rey, y resolvió salir á su encuentro á fin de dar tiempo á la tercera division de ganar la orilla. Llamó, pues, á sí, además de sus caballeros, á los prohombres que voluntariamente quisieran seguirle; y respondieron á aquel llamamiento Hugues de Trechatel, señor de Conflans, que llevaba bandera; Raoul de Vanon; Errard d'Esmeray; Regnault de Menoncourt;

Ferreys de Loppey; Hugues de Ecosse, y otros muchos; de modo que viéndose un número suficiente para distraer al enemigo, picaron espuelas en direccion á los sarracenos. El buen senescal, como siempre y en todas partes, llegó el primero y con tanta rapidez, que el que parecia mandar la partida de los infieles no habia tenido tiempo todavía de montar á caballo: ponía el pié en el estribo y un caballero tenía la brida, cuando Joinville, hiriéndole en un sitio descubierto del peto, le hundió por un costado su espada que salió por el otro. Entonces el caballero sarraceno soltó la brida del caballo de su señor, y antes que Joinville hubiese podido sacar su espada, le hirió entre los hombros con una maza de armas con tal fuerza que el caballero se inclinó cayendo sobre el cuello de su corcel. Mas incorporándose al punto, desenvainó otra espada que llevaba en el arzon de su silla, é hirió con ella al sarraceno que emprendió la fuga. Cuando se dispersaba aquella gente, otra division compuesta de seis mil hombres próximamente, que en la primera alarma habian abandonado sus tiendas y se habian rehecho en campo raso, apareció, y vien do aquel reducido peloton de cristianos ante sí, pusieron sus caballos al galope corriendo hácia ellos. Aunque apenas eran estos doscientos entre escuderos y caballeros, Joinville y sus amigos se aprestaron á hacer buena resistencia. Al primer choque, Hugues de Trechatel fué muerto y Vanon hecho prisionero. Mas cuando los Turcos se le llevaban, le vió Joinville en medio de los que le habian hecho prisionero, y separándose del combate, cargó con Errard d'Esmeray sobre los que le arrebatában, y le soltaron. En el mismo instante recibió Joinville en su casco tan gran golpe que su caballo se arrodilló y sacándole de los arzones le arrojó por encima de la cabeza. Creyeron los sarracenos haberle muerto y corrieron hácia otros. Mas al punto se levantó, con su escudo al brazo y la espada en la diestra, y mirando á su rededor, vió á Errard d'Esmeray, derribado como él, que como él acababa de levantarse, y resolvieron los dos retirarse hácia las ruinas de una casa donde esperaban ocultarse ó defenderse hasta que sus gen-

tes acudiesen á socorrerlos y les llevasen caballos. En tanto una numerosa hueste de Turcos que acudían á la pelea, apareció de repente. Los dos caballeros no intentaron huir ni ponerse á la defensiva; en pocos minutos llegaron á ellos los sarracenos: atropellados por los caballos cayeron, y toda la carga pasó sobre ellos como un huracan de acero, y fué á buscar una lucha mas formal, sin cuidarse de aquellos dos hombres que creían aplastados. Quedó entonces Joinville casi sin sentido; su escudo se habia separado de su brazo, y yacia él mismo en tierra sin tener fuerza para levantarse, cuando Errard fué en su socorro. Sostenido por su compañero, ganó al fin las ruinas que le ofrecían un abrigo, y apenas habian llegado allí, se les unieron Hugues de Ecosse, Ferreys de Loppey, Regnault de Menoncourt, Raoul de Vanon y muchos de sus gentes. Acababan de reunirse, cuando fueron cargados por un peloton de Turcos que los envolvió atacándolos de frente y por retaguardia: habiendo desmontado algunos y entrado en las ruinas para combatir mas de cerca, la lucha volvió á comenzar de nuevo y con mas encarnizamiento, porque los señores habian dado un caballo á Joinville y otro á Errard d'Esmeray; de modo que gracias á sus prodigios de valor, los sarracenos fueron rechazados, y viendo que se las habian con valientes caballeros fueros á buscar refuerzo. Entonces el pequeño peloton pudo reconocerse. Cuatro ó cinco caballeros estaban muertos; Raoul de Vanon y Ferreys de Loppey habian recibido cada uno una estocada en la espalda, y salía la sangre de sus heridas como el vino de un tonel; Errard habia sido mal herido en el rostro por tal cuchillada, que su nariz y una parte de la mejilla, desprendidas del hueso, caian sobre su boca. Todos los demás estaban mas ó menos heridos y en tal afliccion, que Joinville habiendo perdido confianza en el valor humano, se dirigió al poder divino, y acordándose de Santiago, á quien tenia una devocion particular, unió sus manos diciendo:

— Buen señor Santiago, yo te lo suplico, ayúdame y socórreme.

No bien habia acabado de dirigir aquella súplica, apare-

ció el conde de Anjou en medio del campo, conduciendo su division y como á mil pasos de ellos.

Mas el conde de Anjou, ocupado en combatir con los sarracenos que le rodeaban, no veia ni á Joinville ni sus compañeros, de quienes se habia apoderado tal debilidad, que no podian dirigirse á él. Entonces Errard se volvió al buen senescal y le dijo :

— Señor, si no creyéseis que lo hago por huir y abandonaros, iria á buscar arrostrando el peligro á monseñor el conde de Anjou, á quien vemos allá en aquellos campos.

Entonces Joinville le respondió : — Caballero Errard, mucho hariais en honor mio y gran placer me causariais si fuéseis en busca de socorro con el cual pudiese salvarse nuestra vida.

Al decir estas palabras soltó el caballo de Errard que tenia cogido por la brida. Al punto el caballero partió á galope. Ya era tiempo : tras de él volvieron los sarracenos á la carga. Empeñóse el combate de nuevo é iban á sucumbir Joinville y sus compañeros, á pesar de su defensa, extenuados por la fatiga, abrumados por el número y bañados en sangre y sudor, cuando los gritos de *Anjou en socorro* se oyeron : era el principe y toda su division que los iban á socorrer y libertar, guiados por el caballero Errard d'Esmeray, el cual murió al dia siguiente de la terrible herida que habia recibido y que le cruzaba el rostro.

En aquel mismo instante apareció el rey sobre una colina con gran estruendo de clarines y bocinas de guerra; aquí se detuvo para dar algunas órdenes. Elevaba su cabeza sobre todos los que le rodeaban y ceñíala un dorado casco; blandia en su diestra una espada alemana con guarnicion dorada; cubria su cuerpo un peto cubierto de flores de lis tambien doradas, de modo que dando en aquel momento de lleno en su persona el sol saliente, parecia resplandecer ya con la claridad del Paraiso. Cristianos é infieles, amigos y enemigos le reconocieron al punto, y todos, recobrando nuevas fuerzas, corrieron hacia él, los unos para defenderle, los otros para atacarle. Dirigió entonces una tran-

quila mirada en su derredor, y viendo en el peligro en que habian puesto á todo el ejército los que no habian seguido sus instrucciones, mandó á su division formase en compacta masa y no se desuniesen, prometiendo que gracias á aquella precaucion, y con la ayuda de Jesucristo, nada podrian contra ellos los sarracenos por numerosos que fuesen. Apenas habia dado aquella órden, cuando con gran estruendo de címbalos y bocinas se dirigieron los sarracenos á atacar al rey en número de mas de diez mil.

Empeñada de este modo la batalla, era uno de los mas magnificos espectáculos que se podian ver, porque ninguno se servia del arco ó la ballesta, sino de la tizona, la maza ó el venablo; de suerte que se combatia cuerpo á cuerpo como en un torneo. Allí brillaba la caballeria de Francia; y á pesar de que cada noble tenia que habérselas con tres ó cuatro sarracenos, el combate era igual y se sostenia : el primero de todos, en medio de todos se veia al rey, exponiendo mas su persona que ninguno de su ejército; de suerte que uno de sus mas leales caballeros, el caballero Jehan de Valery, cogió su caballo por la brida, y le arrastró á su pesar hácia la parte del rio, donde al menos podian protegerle desde la otra orilla, las máquinas de guerra y los ballesteros del duque de Borgoña. Apenas acababa de llegar, cuando Beaulieu, condestable de Francia, se aproximó todo ensangrentado, empuñando su mano un pedazo de su florde-lisada espada. Dijo al rey que su hermano, el conde de Artois estaba en gran peligro en las calles de Mansourah, defendiéndose con una bizzarria maravillosa, mas sin embargo próximo á sucumbir si no era socorrido!.... Entonces el rey exclamó : — Volad delante, condestable, y por mi señor Jesucristo, os seguiré de cerca. Al punto el condestable tomó una espada y levantándola al aire : — Quien tenga buena voluntad y valor que me siga, dijo. Y Joinville y otros cinco, heridos y magullados como estaban, respondieron : ¡ Hénos aquí ! y clavando los acicates en sus trotones, siguieron al condestable.

Estaban ya á muy corta distancia de Mansourah, cuando

un sargento de maza con las armas del condestable, montado en un caballo de refresco, los alcanzó gritando: — Deteneos, señores, que el rey está en gran peligro; deteneos. La pequeña partida obedeció. Hacia diez minutos que el combate había cambiado de aspecto: porque los sarracenos habían cambiado de táctica. Viendo que no podían romper aquella masa de hierro se habían alejado, y hecho llover sobre los cristianos tal cantidad de flechas, dardos y venablos, que habían oscurecido el cielo, y las ferradas puntas de aquellos proyectiles, chocando en las corazas y escudos de acero de los cruzados, saltaban como el granizo en un tejado. Los hombres resguardados por sus armaduras, sufrían al fin aquella tempestad; pero los caballos caían, arrastrando en la caída á sus jinetes; tanto que Luis viendo entrar la confusión en las líneas, exclamó: — ¡Adelante! Y á pesar de las observaciones de sus barones, cargó el primero. Aquella masa se movió y todos le siguieron; de suerte que las dos divisiones chocaron de nuevo con tal estrépito, que el condestable y Joinville le oyeron á una milla de distancia: vacilaron entonces sin saber á quién habían de socorrer, si al rey ó á su hermano, y todos fueron de parecer que al rey. Hicieron, pues, volver grupas á sus caballos; pero entre ellos y Luis había un cuerpo de mil doscientos sarracenos próximamente, y ellos no eran mas que seis: hicieron entonces un rodeo por las orillas del canal, y siguiendo su ribera, veían flotar á merced de las ondas, viniendo la direccion de Mansourah, arcos, lanzas y picas, hombres y caballos, torcidas, rotas, hechas pedazos aquellas, muertos ó moribundos estos; eran las tristes nuevas que les llegaban del conde de Artois y su gente; separaron la vista del canal y continuaron su carrera en la direccion en que se hallaba el rey.

Luis se había retirado sobre la ribera del río á una posición ventajosa, despues de haber hecho en aquella lucha gigantesca lo que pudiera creerse fuese capaz de hacer un hombre: rodeado á la vez por seis sarracenos, dos de los cuales habían ya cogido su caballo por el bocado, á los seis

los había derribado de seis cuchilladas, librándose sin auxilio de nadie. Sin aquel ejemplo real y aquel valor sobrehumano, todo estaba perdido. Pero cuando los caballeros vieron á su príncipe ejecutar semejantes hechos de armas, no hubo uno que quisiese quedarse atrás; de modo que todos lucharon á competencia, y los sarracenos retrocedieron por fin para rebacerse á su vez, porque aunque diez veces mas numerosos, les habían reducido los cruzados á un terrible y lastimoso estado.

Joinville y el condestable habían, pues, llegado á tiempo, no para ver el fin del combate, porque aquel descanso momentáneo no era mas que una tregua en que cada uno recobraba nuevas fuerzas, sino para ir en ayuda de sus compañeros en la nueva lucha que se preparaba. Delante del rey había un torrente que desembocaba en el canal, y sobre aquel torrente un puente pequeño. Joinville vió que la posición era importante; detúvose en él con el condestable, y viendo á su primo el conde de Soissons:

— Señor, le dijo, os suplico permanezcáis aquí para guardar este paso, y haciéndolo obrareis bien, porque si le dejáis, aquellos Turcos que veis en frente de vos vendrán á acometer al rey por retaguardia, mientras sus compañeros le atacan por delante.

— Señor primo, respondió el conde de Soissons, si yo permanezco en este puente, ¿permaneceréis conmigo?

— Sí, respondió Joinville, hasta que muera.

— Pues bien, dijo el conde; sea, soy vuestro. Viendo y oyendo lo cual el condestable:

— Está bien, dijo, guardad ese puente como bravos y leales caballeros, y voy á buscaros socorro. Organizáronse entonces los caballeros para guardar aquel puesto, y Joinville, á quien se había ocurrido la idea de su defensa, se puso á la cabeza del paso, teniendo á su derecha al conde de Soissons, y á su izquierda á messire de Nouailles.

Hacia un momento que se hallaban allí, cuando vieron acudir directamente hácia ellos al conde de Bretaña, que volvía de la parte de Mansourah, á donde no había podido penetrar.

Iba montado en un corpulento caballo flamenco, cuyas bridas tenia cortadas ó rotas, y á cuyo cuello se habia aferrado con los brazos por temor de que los sarracenos, que le seguian de cerca, le hiciesen caer de él, en cuyo caso estaba perdido. De vez en cuando se incorporaba sobre los arzones, abria la boca, y entonces arrojaba por ella la sangre como si la vomitase, lo cual no le impedía que volviera el rostro, mofándose é insultando á los que le perseguian. Al fin llegó al puente, siempre amenazado por los Turcos y siempre mofándose de ellos; pero estos, viendo un puesto defendido por caballeros dispuestos á todo, y que volvian hácia ellos sus rostros y las puntas de sus espadas, se retiraron al punto, y fueron á unirse á las otras divisiones de los sarracenos.

Acababan estas de ser ordenadas de nuevo, de modo que á los pocos momentos las bocinas, los címbalos y la gritería resonaron mas amenazadores y terribles que nunca. Todas las fuerzas turcas se habian reunido, é iban á intentar un nuevo esfuerzo para rechazar al rey, y á los seiscientos ó setecientos caballeros que le quedaban en el canal en que estaba apoyado.

Lo que Joinville habia previsto sucedió. Una parte de los sarracenos marchó contra el rey y la otra intentó forzar el paso del puente; pero en ambos puntos fueron vigorosamente rechazados. Entre el escaso destacamento de Joinville, habia dos heraldos del rey, uno de los que se llamaba Guillermo de Bron y el otro Juan de Gamache. Sus tabardos bordados con flores de lis, atrian especialmente hácia sí la atención de los infieles. Un gran número de populacho y canalla se habia, pues, dirigido contra ellos y los abrumaba á pedradas. Por su parte los ballesteros sarracenos hacian llover sobre ellos millares de flechas, de tal modo, que detrás de los caballeros parecia la tierra erizada de espigas inclinadas por el viento. Joinville, para librarse de aquella mortifera lluvia, despojó el cadáver de un sarraceno de su entretelado peto, y se hizo de él un escudo, de suerte que no le hirieron mas que cinco flechas, mientras su caballo

habia recibido quince. Cada una de aquellas descargas iba acompañada de gritos é insultos que ponian al buen senescal fuera de sí. Y apenas uno de los colonos de su senescalía le acercó un estandarte con sus armas y una gran cuchilla de guerra que ocupase el lugar de su rota espada, cayó con el conde de Soissons y el de Nouailles sobre todos los villanos, los dispersó, y despues de matar á muchos, volvió al puente, ó mas bien fueron atacados con nuevos gritos y encarnizamiento. Aun queria volver á cargar, cuando el conde de Soissons le detuvo diciendo:

— Dejemos gritar y rebuznar á esa canalla, y por Dios, creedme, algun dia hablaremos de esta jornada en un salon y delante de las damas. Se necesitaba nada menos que aquella promesa del conde para infundir paciencia al buen senescal.

El rey no se veia por su parte atacado con menos furia, ni se mantenía menos firme. Los sarracenos habian puesto por obra la anterior táctica: mantenianse á respetuosa distancia, y sepultaban al ejército entre dardos y flechas, sucediéndose los unos á los otros, vaciando sus carcax y retirándose para ir á llenarlos otra vez. Cuando vieron las tres cuartas partes de los caballos heridos, y desmontados parte de los jinetes, aprovechando la confusion introducida en las filas de los cruzados, colgaron sus arcos en el brazo izquierdo, y descolgando sus mazas y sacando sus espadas, cargaron todos juntos gritando *¡Islam, Islam!* Pero el rey y toda su division, respondiéndoles con el grito de *¡Montjoie y Saint-Denis!* recibieron el choque sin ser deshechos, y al fin de la jornada volvió á comenzar el combate cuerpo á cuerpo, con el mismo encarnizamiento que habia empezado por la mañana.

En tanto los cruzados que estaban al otro lado del canal, separados de sus hermanos la distancia de tiro y medio de ballesta á lo mas, se desesperaban por no poder ir en socorro del rey, cuyo peligro comprendian. Veíaseles golpear el rostro y retorcerse los brazos; oíanse sus gritos de rabia y sus impotentes amenazas. De repente, adop-

tando una resolución desesperada, arrojan al canal las vijas, los ingenios, los instrumentos de guerra. Cadáveres, lanzas, escudos, cuerpos de caballos que arrastraba la corriente, se detienen contra aquella especie de dique; muy pronto á la calzada comenzada se une aquella nueva calzada; es un puente improvisado, movable, infernal, pero es un puente que une una á otra ribera. Siempre que se pueda pasar, es todo lo que se necesita; se oprimen, se impelen, se chocan; los que caen mas allá del puente son arrastrados por la corriente; los que caen á esta parte se agarran á los pedazos de navio, á las vijas, á los cadáveres, y vuelven á subir calados; en vez del arma que se les ha escapado, se apoderan del primer hierro que encuentran, y llegan al fin á la otra orilla, alegres y triunfantes con poder tomar parte en el combate que desde por la mañana están viendo como simples espectadores. Sus gritos anuncian al rey que le llegan socorros, y á los sarracenos que la victoria que creían tener ganada, está próxima á escapárseles: inmediatamente aquella multitud se extiende sin orden, sin jefe, como un incendio, como una inundación, y guiada solo por su cólera; el rey y sus caballeros hacen un último esfuerzo, y toman otra vez la ofensiva. Humbert de Beaulieu reúne con gran trabajo un centenar de ballesteros, con los que forma una compañía; arrójase con ellos al encuentro de Joinville, del conde de Nouailles, del de Soissons y de su compañía, que iban á ser arrollados. Los sarracenos retroceden á su vez. A su vez son los cruzados los que cargan gritando: *¡Montjoie y Saint-Denis!* Retroceden los infieles, y los cristianos los rechazan mas allá de los límites de su campo. Sin embargo, continúa el combate; aquello es una retirada y no una fuga, una ventaja y no una victoria; cae la noche con la rapidez de los climas orientales, y separa á los combatientes; métense los Turcos en sus grandes juncos, donde desaparecen. Los cristianos entran en su campo: ¡inútil conquista que no les presenta otro resultado que el apoderarse de veinte y cuatro máquinas de guerra! La batalla había durado diez y siete horas.

Entonces el condestable, viendo ganada la jornada, dijo á Joinville se fuese con el rey y no le abandonase hasta que le hubiese visto bajarse del caballo y entrar en su tienda. En el momento en que el senescal llegaba junto á Luis, se ponía este en camino para ir á las tiendas que se habían levantado orilla del canal. Entonces Joinville le quitó su casco que era pesado y estaba todo abollado, y le puso su propio yelmo, que era de acero machacado muy delgado y ligero. Cuando caminaban así uno al lado del otro, el hermano Enrique, prior del hospital de Ronnay, que había pasado el rio, se llegó ante el rey y besó su mano cubierta del pesado guante, preguntándole si tenia noticias de su hermano el conde de Artois.

— Sí, le dijo el rey, las tengo positivas.

— ¿Y cuáles? preguntó el prior.

— Que está en el Paraíso, respondió el rey con voz ahogada. Y como el prior intentase consolarle diciéndole que jamás ningun rey de Francia había tenido un honor semejante al suyo, puesto que, gracias á su valor, él y su ejército habían pasado un rio peligroso y lanzado de su campo á los infieles, el rey le respondió:

— Dios sea bendecido en todo lo que nos da. Y á pesar de la resignación del cristiano, lágrimas abundantes corrían en silencio de los ojos del hermano.

Unióse á ellos Guyon de Malvoisin, que volvía de Mansourah. Aunque el rey sabia ya, como hemos dicho, la muerte de su hermano, el recién llegado era el primero que podia darle detalles de ella: eran desastrosos.

Al ver los sarracenos á los cristianos entrar en Mansourah, habían creído que todo el ejército seguía al conde de Artois; de modo que considerándose perdidos habían hecho partir al punto un pichon para el Cairo. Este pichon llevaba bajo sus alas un billete concebido en estos términos: « En el momento de enviar el ave, el enemigo ataca á Mansourah; se da una terrible batalla por los cristianos á los musulmanes. » Esta carta había llevado el terror á la capital del Egipto, y el gobernador había mandado que las puertas

permaneciesen toda la noche abiertas para recibir á los fugitivos. Pero en cuanto advirtieron en Mansourah el escaso número de cristianos que habia entrado en la ciudad, el jefe de los mamelucos, hombre de valor y de cabeza, mandó al punto, como hemos dicho mas arriba, traer las trompetas, batir los tambores y bajar los rastrillos; en seguida, en el momento en que los cruzados saqueaban el palacio del sultan, cayó sobre ellos con los baharitas, aquella milicia de esclavos que era la mejor tropa de los Egipcios, y en la que Napoleon debia vengar, con la victoria de las Pirámides, el desastre de Mansourah.

Al punto todo musulman en estado de llevar una lanza, de disparar una flecha, de arrojar una piedra, se arma y se prepara al combate. Los cristianos veian formarse la tormenta, y procuran rehacerse para hacerle frente; pero en las estrechas calles de aquella ciudad árabe, no podian manejar sus caballos ni servirse de sus espadas. Al instante cada ventana se convierte en una saetera de donde parten dardos y piedras; cada terrado se trasforma en una muralla, de donde cae la arena abrasada y el agua hirviendo. Olvidan todas las imprudencias del conde de Artois frente al peligro que es su consecuencia. El conde de Salisbury y sus Ingleses, el gran maestre del Temple y sus monjes, el señor de Coucy y sus caballeros, se reunen y apiñan en derredor del hermano de su rey, y comienza la lucha sin la esperanza de la victoria, pero con la fe del mártir. Por espacio de cinco horas combatieron así los cruzados contra Bibars y sus mamelucos, contra la poblacion entera, teniendo la muerte ante sí, detrás de ellos, sobre sus cabezas. Todos, ó al menos casi todos, cayeron unos despues de otros, y los unos junto á los otros. El conde de Salisbury recibió la muerte á la cabeza de sus caballeros; Roberto de Vair, que llevaba el estandarte inglés, se envolvió en él como en un sudario y murió cubierto con su bandera. Raoul de Coucy espiró en el centro de un circulo de sarracenos que yacian en su derredor derribados por él. El conde de Artois, acometido en una casa á donde se habia retirado,

se defendió mas de una hora en ella contra todos los infieles que podia contener. Su peto flordelisado habia sido causa de que le tomaran por el rey, de modo que contra él se habian reunido todos los esfuerzos; á todos respondia con la voz y con la espada, con amenazas y mandobles. Por fin, los sarracenos, cansados de aquella lucha en que caian los mas bravos de los suyos, pusieron fuego á la casa. Pero entonces el conde de Artois, viéndose perdido, quiso al menos, como Sanson, perder á sus enemigos con él; colocóse en el dintel de la puerta y ya nadie pudo salir; de modo que cayeron las paredes aplastando en su caída cruzados y sarracenos: cristianos é infieles, y todos, en fin, los que el conde de Artois no habia herido con su espada, perecieron en las llamas.

El gran maestre de los hospitalarios, que habia quedado solo en el campo de batalla, despues de haber roto dos espadas y herido con su maza mientras tuvo fuerza para levantar el brazo, fué hecho prisionero. El gran maestre del Temple, despues de haber visto caer á su lado doscientos ochenta de sus caballeros, fué de los cinco que se arrojaron al canal y volvió al campo con un ojo atravesado, su traje hecho jirones y su coraza acribillada de estocadas; de todos los que habian entrado en Mansourah y que habian visto perecer allí al conde de Artois, él y sus cuatro compañeros fueron los únicos que pudieron dar noticia suya.

A las cinco de la tarde habia volado el segundo pichon para el Cairo portador de un billete muy distinto del primero. Anunciaba este que con la ayuda de Mahoma el ejército francés que habia penetrado en Mansourah habia sido derrotado, y que el rey de Francia habia perecido con la flor de su caballería.

Provenia el error, como hemos dicho, de que la coraza del conde de Artois como la de su hermano estaba sembrada de flores de lis.

Esta noticia, dice un historiador árabe, causó una extraordinaria alegría á todos los verdaderos creyentes.